

Sobre Islam y democracia (Respuesta a Albert Boadella)

Recojo la crítica del Sr. Albert Boadella a mi artículo *Las viñetas de Mahoma*, en la “Tribuna” del 4 de febrero de este periódico, y no me duelen prendas en reconocer que fue un error por mi parte, causado por una desmemoria, el decir que él nunca había satirizado a la Virgen del Pilar sino a la Moreneta. Le pido excusas por haber olvidado que además de intentar ridiculizar al símbolo de muchos catalanes, creyentes y no sólo creyentes, también lo había hecho con el de muchos españoles. Pero el currículo que presenta de sí mismo y de su grupo Els Joglars en relación con esas *audacias* –haber sido víctimas de “atentados, cárcel, exilio y procesos”- no desmonta, sino todo lo contrario, uno de los argumentos centrales de mi artículo: que no es cierto que en las democracias europeas la libre expresión pueda ser utilizada, sin más, para descalificar cualquier idea o símbolo; por lo que no puede aducirse el derecho a esa libre expresión para justificar unas caricaturas que criminalizan a todos los musulmanes y tienen como objetivo provocar un conflicto entre civilizaciones. El “calvario” de Boadella –bien recompensado, al menos en popularidad mediática- podría ser un buen ejemplo de que, también aquí, hay mucho que decir respecto al encaje entre derecho de expresión y derecho al respeto de las creencias (o increencias).

En lo que se equivoca Boadella –como se ve, todos podemos equivocarnos- es en afirmar que yo intento equiparar Islam y democracia. Eso sería una estupidez, y yo me reconozco desmemoriado pero no estúpido. El Islam es una religión y la democracia es un método para regular la convivencia mediante el reconocimiento de derechos individuales y –no se olvide- colectivos, en un marco de respeto y reconocimiento. Están en un plano diferente; como lo están también Cristianismo y democracia o Laicismo y democracia. Lo que yo afirmaba, y continúo afirmando, es que no existe incompatibilidad necesaria entre profesar el Islam (como tampoco entre ser católico, budista o judío) y ser demócrata. Como tampoco es garantía de serlo el hecho de profesar el laicismo.

En una entrevista a Günter Grass, publicada después de mi artículo, decía éste que no se puede invocar la libertad de expresión sin analizar cual es la realidad de ésta en Occidente. Eso quise hacer yo, modestamente, en la “Tribuna” citada. Y terminaba el Premio Nobel preguntándose: “¿De dónde saca Occidente esa arrogancia para imponer lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer?” (O lo que se debe y no se debe pensar, o creer, añadiría yo). Quizá conviniera que recapacitaran en ello Boadella y tantos otros *progresistas* tan iconoclastas con los símbolos de los “otros” o con los símbolos “nuestros” que ya no son socialmente centrales (sobre todo los religiosos), y tan poco críticos con los verdaderos contenidos de la trinidad sagrada actual: el Mercado libre, la democracia electorera y los derechos humanos (sólo individuales) que presuntamente estarían garantizados en los regímenes políticos occidentales. **Isidoro Moreno (catedrático de Antropología de la Universidad de Sevilla).**